



EL DIVAN DE PELUCHE

SANTIAGO AIZARNA

«Divino tesoro» la llamó Rubén, pero bien dice que es canción de otoño, canción de viejos aires perdidos, de nostalgias, de memorias de encrucijadas frías, de éstas en las que tantas veces nos encontramos cuando se ha perdido el calor de la sangre, cuando nos titila el pulso en arritmias pesarasas, cuando flaquean los pies y tiemblan las manos una soñada tentación de capacidades. Cuando se siente el desmoronarse del cuerpo es, justamente, cuando se dirige la mirada hacia esa juventud perdida, esquema proustiniano que a todos, antes o más tarde, nos llama a la reflexión. Y tiene que ser la memoria la que vaya creando imágenes, la memoria la que erija arquitecturas de potencialidades, la memoria la que se ejercite en ese salto parabólico de los tiempos; es, desde la memoria que se edita una nueva versión de juventud, aquella que, por supuesto, no vivimos aun pudiendo, de la misma manera que si nos engolfamos en pensamientos de destrucción, de autodesmayo y pusilanimidad, ni llegaremos a vivir esta madurez desde la que reflexionamos.

Nos aterra el pensar, nos remuerde, nos penetra, la vaga sensación, que todos sentimos alguna vez, de que perdimos el tiempo. Esa oscura e indefinida cantidad de días que a cada uno se nos otorgó se nos fue perdiendo de entre los dedos, y esta memoria de ahora que pudo ser nuestra gloria es ya nuestro castigo. A cada uno nos duele la juventud ya perdida, y vano sería el estimular a que la vivan los que la tienen, y que si pensarán que la tienen ya no la tendrían.

Pero, de entre tantos modelos de jóvenes que pudiéramos hallar en nuestro camino, de dos clases se nos hacen presentes. Unos son, de aquellos que pintó Ortega en aquel inicio de unas «Ideas sobre Pío Baroja», y en donde les arrojaba, como un modelo a quien copiar, la imagen «de un hombre libre y puro, que no quiere servir a nadie ni pedir a nadie nada». Esa juventud, pumas de ansiedad y fiereza, de garras brillantadas en la ambición, de lívidos reflejos sobre la pátina amarilla de los días, es una visión tremenda y tremendista, esperpéntica, digna del pincel y de la pluma de Solana, y que, para cuya configuración, y a pesar de la larga extensión de la cita bien vale la pena reproducirla:

«Hay seguramente unas cuantas docenas de jóvenes españoles que, hundidos en el oscuro fondo de la existencia provinciana, viven en perpetua y tácita irritación contra la atmósfera circundante. Me parece verlos en el rincón de un casino, silenciosos, agría la mirada, hostil el gesto, recogidos sobre sí mismos como pequeños tigres que aguardan el momento para el magnífico salto predatorio y vengativo. Aquel rincón y aquel diván de peluche raído son como un peñasco de soledad, donde esperan mejores tiempos estos naufragos de la monotonía, el achabacamiento, la abyección y la oquedad de la vida española».

Son, evidentemente, los jóvenes de ida, aquellos a los que les barrunta alguna idea en la cabeza, que sienten afanes posesivos de creador, que han sentido ya—y con qué ardentía!—el vivo juego de sus potencias, que arden en irritación permanente porque les circundan y están ignorantes de su presencia, esas «fuerzas vivas» de la localidad que en torno suyo merodean y que están reconocidas en una alta categoría en la escala de valores de la sociedad en que viven y que no pueden reconocer sus talentos porque, entre otras cosas, ni siquiera llegan a sospecharlos. De estos jóvenes—positiva espera y agazapada violencia—suelen los chapados de moral esperar todo, sin darse cuenta de que lo que estos conseguirán serán la vida: un día se levantarán de sus divanes de peluche y caminarán hacia la gloria para darse cuenta de que lo que allí se encierra es humo, es vacío y soledad, son vanidades, neblinas que irán amortajándoles en su frustración, porque es verdad y el hombre se irá dando cuenta de ello a través del tiempo, que la recia cita del Ecclesiastés, palabras del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalén, habla de «vanidad de vanidades, todo vanidad», y acaso la verdad íntima y última está en el diván de peluche, en ir viendo cómo los «principales del lugar» van amontonando sus pequeñas ambiciones y desidias, sus odios y mezquindades, sus pasiones y retos, que, en definitiva, lo que importa de la vida es ser espectador de ella, no afanarse en cantos de sirena y negar el oído a canciones atrayentes, tener agudizado el sentido de la crítica y usar de ella, o mejor aún, dejar que el caramillo, que es flauta de agudas tonalidades, suene muy lejos, como una música de fondo que no llegue a alterar nuestra siesta, vago y profundo retiro éste en que la tarde se aplanan y se hace convexa y ya no hay resonancias.

La segunda clase de jóvenes es ésta formada por los que al diván de peluche volvieron, o mejor aún, por los que supieron desde el principio que la verdad estaba en el fondo de ese diván, que por muchas tentaciones y halagos que les venían de fuera, se dedicaron a hurgar entre sus dobleces, que fueron ajando el peluche y siguen ahí todavía, tardes irredentas con el tedio como único panorama pero sólo aparentemente, porque el *taedium vitae* no es nefando virus, el *taedium vitae* no ahoga ni asfixia sino al contrario, el *taedium vitae* es la enfermedad preclara del civilizado, de aquel que, entre tantas excelencias, supo encontrarse con la definitiva verdad de soportarse a sí mismo.

Vale la pena reflexionar en qué gasta el hombre la vida, en qué se entretiene, en qué se demora. Si nos fijamos bien, y para quien piensa en mentalidad de ida, toda la vida es camino, se entretiene en el juego y no en la victoria, se retrepa en la vanidad y no en la verdad. Mientras que el que está de vuelta ya llegó a la meta sin haber llegado, es decir, supo ver desde este fondo oscuro, gris, anodino, desdeñado, del diván de peluche, de qué manera la meta está a nuestro alcance con sólo alargar la mano, con imaginar que se la tiene.

La civilización, la más esclarecida y sutil civilización, la más exquisita, inventó y acuñó la frase aquella del «dolce far niente». Es una simple manera de hablar. Justamente aquel que supo hallar dulzura en el ocio supo de las tardes plenas y embriagadoras, supo de las calidades táctiles del tiempo, de los minutos como constelaciones, de los segundos como auroras boreales. Supo, en definitiva, en qué reside el misterio supremo del hombre: simplemente, en saber soportarse a sí mismo.